

COMENTARIO

Innovación y contemporaneidad como objetos de la antropología

por Federico Neiburg¹

El artículo de Hidalgo diagnostica una gran transformación en la producción antropológica de los últimos cincuenta años —equivalente, según sus palabras, a un cambio de paradigma en el sentido khuniano—, desarrollando una argumentación en dos planos: la producción reciente que está interesada en realizar una etnografía del mundo de la ciencia y de la tecnología, y el trabajo de algunos autores ligados a la disciplina en la Argentina. En lugar de estructurar mi comentario manifestando acuerdos o restricciones relativos a uno u otro aspecto del texto, me parece más interesante dar algunos elementos que permitan discutir su supuesto básico, la idea de que el interés por el mundo contemporáneo, o por el presente, pueda ser entendido como el elemento articulador de los desarrollos en teoría antropológica que la autora comenta. A fin de discutir en forma económica las ambigüedades que, creo, envuelven la demostración de ese nexo, resumiré mi comentario en dos observaciones. La primera tiene que ver con las formas de tematizar las relaciones entre ortodoxias y heterodoxias en la historia de la disciplina; la segunda, con una antropología de la percepción del tiempo y de las marcas temporales.

Aquello que acostumbramos denominar, ciertamente más por comodidad que por precisión conceptual, historia de la antropología envuelve una sucesión de argumentos que legitiman ambiciones innovadoras ya sea por la caducidad de otras perspectivas, calificadas como antiguas, o por la emergencia de objetos supuestamente nuevos. Así, aun a riesgo de ser un tanto esquemáticos, podemos observar que aquello que es reconocido como innovador o como heterodoxo en el plano de la teoría tiende a transitar entre dos alternativas: la que, enfatizando el poder heurístico supuestamente mayor de una perspectiva sobre otras, pretende construir distinciones en el plano de las representaciones teóricas; y la que, enfatizando las propiedades de determinados procesos hasta entonces supuestamente inexistentes, atribuye a la historia la responsabilidad por la existencia de nuevos objetos empíricos.

Más que discutir la relación entre estas formas de legitimar perspectivas y objetos con el carácter modernista de la antropología —y, en términos más generales, con las formas modernas del saber erudito—, me parece útil llamar la atención sobre la ausencia de algunas precisiones en el trabajo de Hidalgo relativas al carácter y al estatuto de cada una de las rupturas a las que hace referencia.² En este plano, sería necesario explicitar, en cada caso, cuál es la ortodoxia en relación a la que cada una de las teorías en cuestión consiguió ser reconocida como innovadora y cuál es el sistema de categorías que sirvió para que sea reconocida como distinta de otras. Veríamos así

algo muy distinto a un movimiento homogéneo. Observemos algunos ejemplos de esa heterogeneidad.

Me parece que para comprender la transformación de los productores de los estudios antropológicos sobre ciencia y tecnología en un nuevo *establishment*³ académico en los Estados Unidos debe considerarse el sentido de la ruptura de una alianza estratégica y su sustitución por otra: el progresivo abandono de la confluencia de intereses con las áreas de artes y letras (y en menor medida, historia), que se había materializado en los 70 y 80 con la creación de los departamentos de *Cultural Studies*, y la construcción, en los 90, de un vínculo fuerte (que, evidentemente, incluye financiamientos) con los departamentos e institutos que participan del desarrollo tecnológico de punta — alianza objetivada en los nuevos departamentos de *Science and Technology Studies*. Cualquier visión sobre los desarrollos recientes de esta área de la antropología norteamericana que no considere los procesos sociales y las discusiones teóricas subyacentes a estas transformaciones corre el riesgo de ser simplificadora. Más aun, creo que al tomar en cuenta los detalles de este proceso estamos obligados a poner en cuestión los paralelos que Hidalgo cree encontrar entre éste y la producción más o menos reciente de algunos antropólogos argentinos —y, evidentemente, podríamos también hacernos preguntas en relación al alcance de las afinidades entre éstos últimos: Hermitte escribiendo en las décadas de 60 y 70 en la Argentina, Menéndez y Clanclini en los 80 y 90 en México— exponentes, cada uno, de trayectorias personales e intelectuales significativamente diversas, envueltos cada uno en otras disputas teóricas, tratando de objetos radicalmente diferentes.

En términos generales, la ausencia de cualquier referencia a los contextos nacionales de producción del conocimiento me parece ser uno de los mayores obstáculos para una mejor comprensión de los procesos que se pretende describir. No podemos olvidar que los departamentos de *Science and Technology Studies* son una invención de los campus norteamericanos (nada semejante hay en las antropologías europeas o en las llamadas antropologías periféricas) y que, a pesar de su reconocimiento por parte de la AAA, las resistencias que su presencia provoca fuera y dentro del campo antropológico norteamericano no es menor a la que en su hora provocó la intención diluidora de la antropología en los *Cultural Studies*. Un balance del lugar de estos desarrollos en las discusiones más recientes en antropología exige, creo, contextualizar mejor estas discusiones.⁴

Hidalgo identifica los nexos entre los varios autores y las varias producciones a partir de un elemento supuestamente común a todos ellos: un interés por “lo contemporáneo” y por “el presente”. Esto permite introducir mi segundo comentario, relativo a la antropología de la percepción del tiempo y las marcas temporales.

La larga tradición que, en ciencias sociales, enseña que las marcas temporales son construcciones sociales⁵ obliga, también, a tomar distancia —en el sentido estrictamente antropológico de *transformar en objeto*— respecto del dilema mayor de las filosofías occidentales sobre el tiempo, que las encierra en una permanente oscilación entre dos posibilidades extremas: en un polo, las percepciones objetivistas para las cuales el tiempo es un atributo del mundo exterior a las conciencias individuales o colectivas y, en el polo opuesto, las percepciones subjetivistas, para las cuales no hay más tiempo que el tiempo experimentado. En esta línea, una antropología del tiempo y de la percepción temporal,⁶ debe, en primer lugar, considerar a las marcas temporales como unas formas entre otras de establecer fronteras sociales — que, por ejemplo, separa “nosotros” y “ellos” al diferenciar la modernidad y los modernos de la antigüedad y los antiguos. En segundo lugar, debe distinguir cuidadosamente el uso de las marcas temporales como *categorías prácticas* en el discurso nativo y como *principios de explicación* en el discurso teórico. Me parece que la ausencia de esta distinción en el trabajo de Hidalgo debilita sus demostraciones.

En ese orden, es necesario preguntarse por el estatuto de la palabra contemporáneo — y de todo el campo semántico que se diseña en torno de ella, incluyendo también otras palabras como moderno, presente, hoy, etc. Me parece que el artículo ganaría en densidad si fuese más preciso respecto de los *referentes* (¿el adjetivo contemporáneo se refiere siempre al mundo o a veces

también a las teorías?) y, principalmente, respecto de los *puntos de vista* (¿quién o quiénes adjetivan así el mundo o determinadas perspectivas sobre él?).

Creo útil recordar que la palabra contemporáneo (y sus correlativas) no organiza el argumento de buena parte de los autores a los que el artículo se refiere y que, en el caso de algunos autores o textos, ella difícilmente podrá ser encontrada — si aparece en Augé, Althabe o Escobar, no lo hace en los trabajos de los autores argentinos citados, a excepción, tal vez de Canclini.⁷ Pero más que eso, es necesario reconocer que el sentido de la palabra puede ser radicalmente diferente en uno y en otro caso. Así, por ejemplo, por un lado, Augé o Althabe pretenden definir el objeto de su antropología a partir de una relación con una idea de “contemporáneo” que, muy próxima a la propia visión de Hidalgo, aparece como propiedad esencial de algunos objetos (lo que se revela en el uso de adjetivos como marcas temporales), independientes de cualquier punto de vista. En el polo opuesto, Latour, aun estudiando la vida del laboratorio y la producción de hechos científicos, rechaza la propia idea de lo moderno como marcador de una frontera relativa a cualquier objeto. Exactamente al contrario de los otros autores, la pretensión de Latour es la de fundar una “antropología simétrica” que, en lugar de aceptar la existencia sustantiva de lo contemporáneo, o de lo moderno, se preocupa por el sentido y por los mecanismos sociales de la producción (siempre social) de esas categorías. Así, llama la atención que Hidalgo coloque como compartiendo un mismo movimiento teórico a autores que se distinguen tan radicalmente en sus presupuestos fundamentales: Augé y Althabe creen, como sus nativos, en la existencia de una frontera entre lo contemporáneo (o lo moderno) y lo pasado y (o lo pre-moderno). Latour, al contrario, sostiene que debemos darnos por objeto la construcción de esa frontera y que la condición para ello es comprender que tal vez jamás hayamos sido o podamos ser verdaderamente modernos.⁸

La construcción de objetos antropológicos exige colocar los hechos sociales en perspectiva. Esto nada tiene que ver con los procedimientos de exotización, cuya denuncia fue arma de legitimación de algunas, hoy ya antiguas, innovaciones en antropología, sino con el reconocimiento de que los hechos sociales son siempre constituidos, también, por puntos de vista. Los relatos sobre la historia de la disciplina y los diagnósticos sobre sus evoluciones actuales, como el artículo de Hidalgo, pueden ser analizados desde esta perspectiva. Realizar un ejercicio en ese sentido ha sido el propósito de mi comentario.

NOTAS

- ¹ Profesor y, actualmente, coordinador del Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro; Investigador del Conselho Nacional de Pesquisas; Editor de la revista *Mana. Estudos de Antropologia Social*; entre otros trabajos, publicó recientemente en español *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de Antropología social y cultural* (Alianza Editorial 1998). Dirección: PPGAS, Museu Nacional, Quinta da Boa Vista s/n, São Cristóvão, cep 20940-040, Rio de Janeiro, Brasil. Tel: 55 21 568 9642, Fax: 55 21 254 6695, E-mail: fnmv@ax.apc.org
- ² Evidentemente, el modernismo puede ser un atributo también de los relatos sobre la propia historia de la antropología, como se revela en este caso en la preocupación de Hidalgo por diagnosticar rupturas e identificar héroes fundadores. Sobre esta problemática, ver, p.e., Ardener 1985.
- ³ En el sentido de Elias 1982.
- ⁴ Algunos elementos esclarecedores sobre estos procesos pueden ser vistos en Rosberry 1996 y Peirano 1997.
- ⁵ Ver Durkheim 1969 (1912).
- ⁶ O una sociología general del tiempo y de la percepción temporal en tanto hecho social, como la propuesta por Elias 1984.
- ⁷ Evidentemente, una complejidad adicional en el examen de la relación de la antropología con lo

“contemporáneo” surge al reconocer que ésta estaba presente en la producción de autores anteriores a los mencionados en el texto: por ejemplo, Henry Maine, interesado en la organización del imperio británico y en la gobernabilidad de la India (ver Kuper 1988), Margaret Mead, preocupada por los adolescentes americanos mientras estudiaba Samoa (ver Marcus & Fischer 1986), o los estudios sobre carácter nacional que definieron por primera vez a los estados nacionales y a las relaciones internacionales como objeto de la antropología (ver Neiburg & Goldman 1998).

⁸ Ver Latour 1991.

BIBLIOGRAFÍA

Ardener, Edwin

1985. “Social Anthropology and the Decline of Modernism”, in: Overing, Joana (ed.). *Reason and Morality*. London & New York: Tavistock Publications, pp. 47-70.

Durkheim, Émile

1969 (1912). *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Paris: PUF.

Elias, Norbert

1982. “Scientific Establishments”, in: Norbert Elias, Herminio Martins & Richard Whitley (eds.), *Scientific Establishments and Hierarchies*. Dordrecht/London: Reidel.

1984. *Über die Zeit*. Suhrkamp Verlag: Frankfurt.

Kuper, Adam

1988. *The Invention of Primitive Society. Transformations of an Illusion*. London: Routledge.

Latour, Bruno

1991. *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie symétrique*. Paris: La Découverte.

Marcus, George E. & Fischer, M. J.

1986. *Anthropology as Cultural Critique. An Experimental Moment in the Human Sciences*. Chicago: University of Chicago Press.

Neiburg, Federico & Goldman, Marcio

1998. “Anthropology and Politics in Studies of National Character”. *Cultural Anthropology* 13 (1): 56-81.

Peirano, Mariza G.S.

1997. “Onde está a Antropologia?”, *Mana. Estudos de Antropologia Social* 3(2): 67-102.

Rosberry, W.

1996. “The Unbearable Lightness of Anthropology”, *Radical History Review*, 65: 5-25.